

El privilegio de haberme podido acercar a Adrián Celaya.

Conocí a Adrián en 1976, como profesor de Civil, parte general, en segundo año de Derecho en Deusto. En aquel primer encuentro, la distancia abismal entre un universitario bisoño y un profesor distante conforme a los cánones de la época, subido -incluso más que físicamente- sobre la tarima, en un modelo de enseñanza condicionado por la masificación del aula y fundado en la lección magistral, no tuve de Adrián la percepción que más tarde llegaría a adquirir.

Fue unos años después, cuando terminando la carrera, Vicente Arenal, Ramón Oleaga y yo nos inscribimos en uno de los primeros cursos monográficos sobre Derecho Foral que impartió en el incipiente Instituto de Estudios Vizcainos de Deusto, que descubrí a Adrián. En un aula pequeña y sin tarima, teniendo por condiscípulos a abogados hechos y derechos, mayores que nosotros, fuera de la disciplina curricular y del enjuiciamiento por la calificación, enseñando la materia que era su pasión, el profesor distante se nos manifestó como alguien de quien podríamos llegar a ser amigos.

Algo después, por mediación de María Ángeles Larrea y de Rafael Mieza, un grupo de jóvenes licenciados, en los prolegómenos de nuestra vida profesional, nos introdujimos en los círculos culturales vascos a través de Eusko Ikaskuntza y de la Bascongada de Amigos del País, entidades en las que a Adrián se reconocía un indiscutido liderazgo.

Eran instituciones de fuerte arraigo y prestigio en Euskadi que se estaban reorganizando tras la normalización democrática, pero a las que les faltaban jóvenes en sus filas, en un tiempo en el que la militancia en los nacientes partidos políticos atraía más a quienes estaban dispuestos a participar en la tarea colectiva de intentar mejorar las condiciones del País.

Muchos de sus miembros eran conscientes de la necesidad de rejuvenecer sus estructuras, pero llegada la hora de la verdad, no todos estaban dispuestos a ceder papeles relevantes a los de menor edad. Frente a quienes aceptaban a los jóvenes solo como disciplinados aspirantes esperando a hacerse mayores para tomar protagonismo, algunos como Adrián Celaya, Jesús y Javier Oleaga o Rafael Barbier defendían el sincero y convencido propósito de ceder el testigo, lo que no pocas veces les llevó a enfrentarse con viejos amigos y correligionarios de mil batallas.

En aquellos años, al terminar las reuniones de la directiva de la Bascongada, el regreso a casa con Adrián y con Jesús, en un paseo en el que el deambular se interrumpía continuamente para mejor conversar, que se prolongaba en una despedida interminable en la esquina de Elcano con Licenciado Poza, me brindaron el más

privilegiado máster sobre política y cultura del País que hubiera podido imaginar.

Mi ventaja, que solo tuvo el mérito de acertar con el mejor momento y lugar para acercarme a Adrián, llegó al extremo de que en esas circunstancias, fuera del primer contacto como alumno, nunca en mi relación con él hubo lugar ni para el “don” ni para el “usted”, lo que en determinadas situaciones me ha llevado incluso a no parecer lo suficientemente respetuoso con él.

Más tarde, tras unos años fuera de Bilbao, reencontré a Adrián inmerso con Andrés Urrutia y con Javier Oleaga en el lanzamiento de lo que habría de ser la Academia Vasca de Derecho, y otra vez me ofreció una plaza de privilegiada cercanía para participar en aquel proyecto, hoy floreciente realidad.

El antiguo magisterio peripatético, con los achaques de la edad, se trasladó a la tertulia del Lepanto en el café de sobremesa. Durante los últimos años Adrián también allí nos ilustró con su experiencia. Pocas veces refiriendo historias del pasado y casi siempre diseñando proyectos de futuro para la Academia y para el Derecho Foral.

Adrián, hasta el final, y pese a las limitaciones físicas de los últimos tiempos, ejerció de forma efectiva la presidencia de la Academia. Aunque aceptaba el liderazgo intelectual, por todos los medios intentaba continuamente sacudirse el peso de la púrpura. Pero como tantas veces en su vida, su capacidad de integración y la unánime aceptación de su persona eran valores irrenunciables para la Academia hasta su definitiva consolidación. Y hasta en eso Adrián ha medido los tiempos. Se ha ido cuando ya podía considerar terminada aquella tarea.

La vida me ha regalado la fortuna de estar cerca de Adrián. Seguramente no la he merecido, más no por ello había de dejar de aprovecharla. Quienes tan generosamente hemos recibido esos “cinco talentos”, tenemos el deber de multiplicarlos. Que Adrián nos inspire para continuar su labor.

Javier Muguruza Arrese

21/10/2015